

GERARDO ARRIZABALAGA

(1869-1930)

Dr. Pedro Visca

La personalidad del Profesor Arrizabalaga integra el grupo inicial de docentes uruguayos que forjaron trabajosamente, con perseverancia y capacidad, la enseñanza de la medicina en nuestro país, luchando con circunstancias muy poco favorables y carencias que hoy serían inconcebibles.

A su esfuerzo, para siempre recordable y meritorio —proseguido y ampliado por varios de sus sucesores— se debe la orientación moderna de la Facultad de Medicina y su paulatino ordenamiento didáctico eficaz, hoy desbordado hasta límites inquietantes por una abrumadora afluencia estudiantil.

Para preciar lo que significaron aquellas primigenias figuras nacionales de la docencia médica, comencaremos por rememorar sucintamente algunas características de las primeras etapas de nuestra Facultad.

En el último decenio del pasado siglo —más exactamente a partir de 1885— era ya principio establecido el nombramiento de médicos uruguayos para los cargos docentes en la Facultad de Medicina.

Desde años atrás la enseñanza impartida en los cursos oficiales había creado un núcleo valioso de profesionales cuya competencia quedó bien confirmada por su actuación posterior, como Francisco Soca, Jacinto de León, Florentino Felippone, Enrique Pouey, Albérto Isola, Elías Regules, Joaquín de Salterain, Benito del Campo.

A éstos se fueron agregando luego —ya iniciada la etapa de profesores uruguayos— otros nombres prestigiosos, que damos en orden aproximadamente cronológico: José Scosería, Gabriel Honoré, Jaime Oliver, Alfredo Vidal y Fuentes, Alfonso Lamas, Juan B. Morelli, Manuel Quintela, Américo Ricaldoni, Luis Bottaro, Luis Morquio, Juan Francisco Canessa, José Brito Foresti, Francisco Caffera, Luis Mondino, Augusto Turenne,



Prof. Dr. Gerardo Arrizabalaga (1869-1930).



Arrizabalaga a los 35 años de edad.

Pablo Scremini, Horacio García Lagos, Ernesto Quintela, Angel C. Maggiolo, Arturo Lussich, Prudencio de Pena; y aún se podrían añadir más a esta lista ya bastante larga, que detenemos al iniciarse la centuria actual.

Aunque no era médico ni uruguayo, debe incluirse en esta nómina a José Arechavaleta, profesor de botánica, ejemplo de auténtico hombre de ciencia. Su obra de naturalista y de bacteriólogo lo ubica en un plano excepcional; además de su intervención en otras actividades culturales, como ser en la Biblioteca Nacional y en el Ateneo.

Esto no fue óbice para que a los docentes formados en nuestra Facultad se sumaran profesionales que habían cursado su carrera en ambientes europeos, particularmente en Francia; preparación universitaria que había sido forzosa antes de iniciarse la enseñanza de la medicina en nuestro país.

Durante la época que nos ocupa había ya, entre los médicos de preparación europea, cronológicamente tres figuras consagradas: Francisco A. Vidal, Gualberto Méndez y Pedro Visca. Los dos últimos integraron la Comisión Fundadora de la Facultad de Medicina; Visca fue también, diez años después, profesor y decano.

Varios más se graduaron posteriormente en París. Para limitarnos a quienes ejercieron la docencia, mencionaremos a José M. Caraff (que había iniciado sus estudios en Montpellier), Eugenio Piaggio, Enrique Figari, Bernardo Etchepare, Gerardo Arrizabalaga, Alfredo Navarro y José Martirén. Ejemplos excepcionales fueron Soca y Pouey, quienes, después de haberse titulado aquí, rehicieron toda su carrera en la capital francesa.

Es justo en este punto rendir homenaje asimismo a los médicos extranjeros, cuyo esfuerzo generoso y solvente concretó el comienzo —en verdad difícil y azaroso— de nuestra Facultad. Casi todos ellos ocuparon, además de la cátedra, el decanato. Mencionaremos a éstos —sin menospreciar por eso a los restantes— en virtud de ser los

más notorios y haber afrontado la responsabilidad de dirigir la institución: Francisco Suñer y Capdevila, Julio Jurkowski, Antonio Serratosa, Eduardo Kemmerich, Juan Crispo Brandis, Guillermo Leopold, José Pugnalin, Secundino Fernández Viñas.

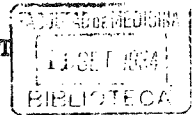
A ellos se debe la organización y puesta en marcha de nuestra Facultad durante los diez primeros años; labor inevitablemente imperfecta y rudimentaria dadas las circunstancias del momento, pero que hizo posible la formación, ya señalada, de un selecto núcleo de médicos nacionales.

De esta etapa apenas podemos formarnos una idea cabal, pues resulta dificultoso ahora imaginar el precario local de la esquina Maciel y Sarandí —en el solar actualmente ocupado por una escuela— que alojaba entonces simultáneamente el Rectorado de la Universidad, la Facultad de Jurisprudencia y la Facultad de Medicina. Construido mucho tiempo antes, para fines por completo diferentes, era sin duda muy poco adecuado en sus nuevas funciones.

A las dificultades originadas en la precariedad del local se agregaron otras cuando se inició la enseñanza clínica en el Hospital de Caridad (hoy Maciel), cuyas autoridades no se avenían con el nuevo orden de cosas ni parecían comprender los requisitos necesarios para la actividad docente. Esto derivó en conflictos y situacio-

DU TRAITEMENT

DES



RÉTRO-DÉVIATIONS UTÉRINES

PAR LA FIXATION DE L'UTÉRUS

A LA PAROI VAGINALE ANTÉRIEURE

COLPOHYSTÉROPEXIE ANTÉRIEURE

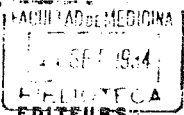
PAR

LE DOCTEUR G. ARRIZABALAGA

ANCIEN INTERNE DES HÔPITAUX



86492



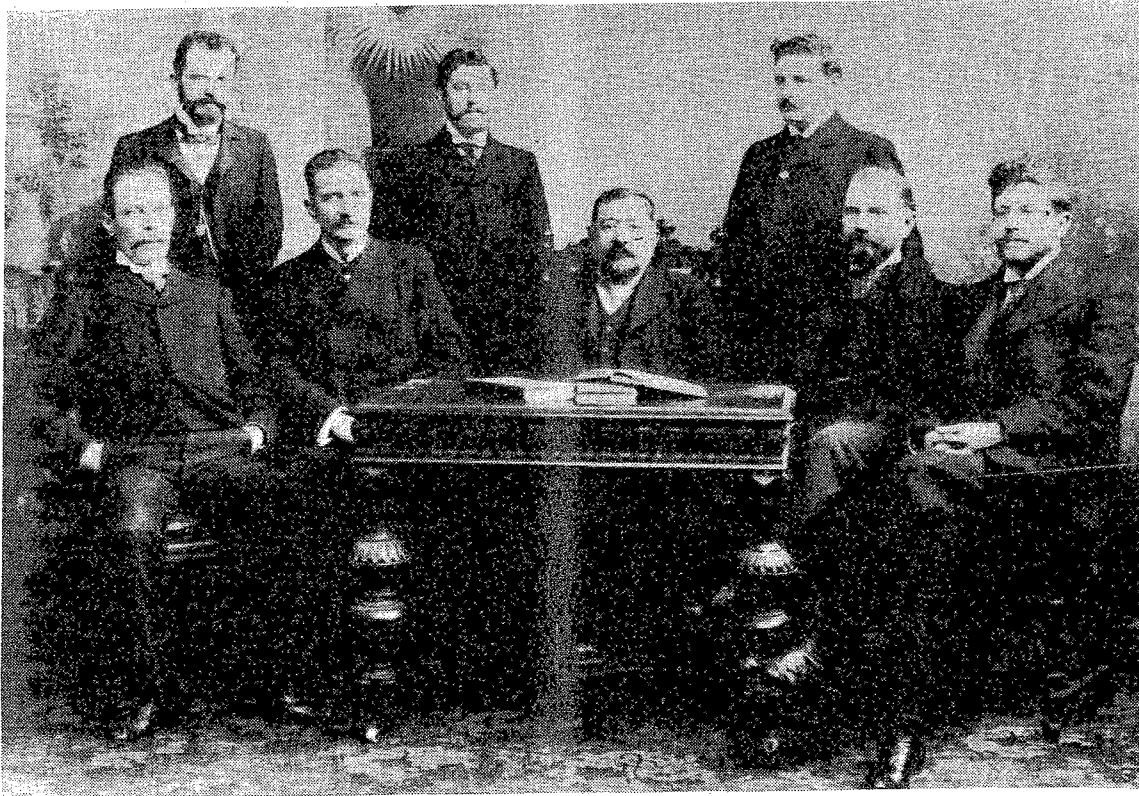
PARIS

L. BATAILLE & C^{ie}, ÉDITEURS

23, PLACE DE L'ÉCOLE DE MÉDECINE, 23

1894

Tesis de Arrizabalaga para el doctorado.



Comisión Directiva del Ateneo de Montevideo (julio 1900).
De izquierda a derecha: Sentados: Claudio Williman, Luciano M. Potenza, Pablo de Marfa, Luis Morquio, Gerardo Arrizabalaga. *De pie:* Eduardo Monteverde, Alfredo J. Pernin, José Cremonesi.

nes penosas que sólo al cabo de bastantes años pudieron superarse.

La tirantez entre la Facultad y las autoridades del hospital llegó en cierto momento a un punto tal que originó la siguiente anécdota, narrada por el propio protagonista. El Prof. Scoseria, que ocupaba entonces el decanato, visitó a un ministro amigo suyo para solicitarle que lo nombraran miembro de la Comisión de Caridad. Cuando el ministro le preguntó qué finalidad tenía ese pedido, Scoseria le explicó lacónicamente: "Para que el Decano de la Facultad de Medicina pueda entrar al hospital". Scoseria obtuvo el nombramiento.

La situación se fue normalizando durante los primeros diez años de este siglo, pero la solución definitiva sólo se logró con la creación del Hospital de Clínicas.

Apenas vale la pena agregar, por ser notorio, que los servicios auxiliares (laboratorio clínicos, Rayos X, electrocardiografía, etc.) se hallaban en sus primeros pasos y algunos todavía ni siquiera existían.

La enseñanza, por otra parte, al principio era teórica exclusivamente, incluso en las materias básicas; sólo en la década del 90 se iniciaron clases para demostraciones prácticas, a medida que pudo adquirirse el instrumental necesario.

Por último, cuando estuvo completo el número de cátedras, y por lo tanto aumentó el contingente de es-

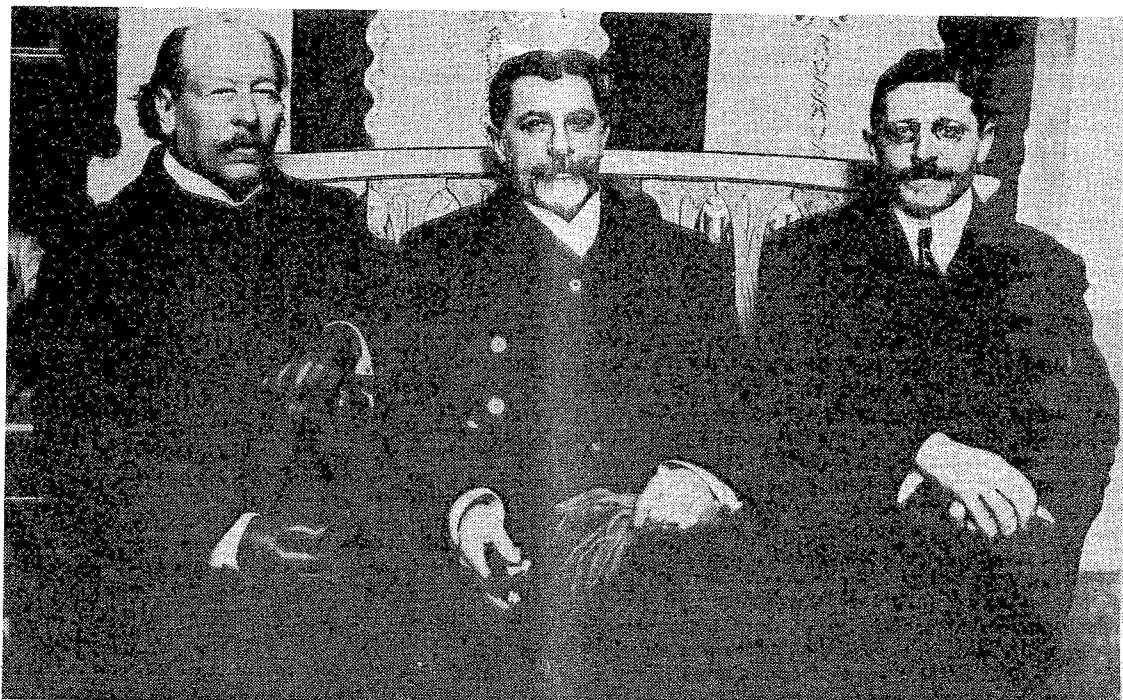
tudiantes, comenzó a deteriorarse la disciplina, y el ambiente —según testimonios contemporáneos— se hizo desarreglado y bohemio. Fue necesario el carácter entero y la mano firme de José M. Caraffí —primer decano uruguayo— para imponer el orden indispensable, lo cual, como es de imaginar, le valió la hostilidad estudiantil.

Lo dicho es suficiente para describir las dificultades con que tropezó la marcha inicial de la Facultad; y qué pesada tarea tuvo que enfrentar el grupo de docentes y decanos en la etapa que diríamos propiamente nacional, la que comienza con Caraffí y los primeros profesores uruguayos. Etapa coincidente, digamos de paso, con la reforma universitaria del Rector Vázquez Acevedo.

Que hayan sido capaces de vencer esos obstáculos muestra bien la competencia, el talento y el tesón de aquel conjunto de individualidades excepcionales.

Entre ellas, la personalidad de Gerardo Arrizabalaga constituye el objeto de la reseña biográfica que desarrollaremos a continuación.

Pero digamos desde ahora, antes de entrar en el detalle de su vida, que toda su actividad de adulto estuvo vinculada a la Facultad de Medicina y a la Asistencia Pública, sin descuidar otras preocupaciones ciudadanas.



Visita del Profesor Samuel Pozzi (Montevideo, 1911).
 Fotografía en el domicilio del Profesor Visca.
 De izquierda a derecha: Pedro Visca, Samuel Pozzi, Gerardo Arrizabalaga.

En todos los cargos que le tocó desempeñar fue una figura ejemplar por su equilibrio de juicio y su competencia indiscutida; por su meticulosidad y prolijidad para el estudio de los problemas en cuya discusión tomaba parte; por su claridad de exposición en las clases y conferencias sobre temas médicos; por su caballerosidad en el trato cotidiano y su espontánea modestia no alterada jamás por sus éxitos profesionales.

Gerardo Arrizabalaga era hijo de Pedro Arrizabalaga y de Bernarda Ventura, ambos de nacionalidad española. Nació el 23 de abril de 1869 en Buenos Aires, según consta en la reválida de su título ante la Facultad de Medicina de Montevideo (pues se había graduado en París). Sin embargo, el documento análogo ante la Junta de Higiene, así como otros igualmente oficiales, le asignan ciudadanía uruguaya.

No se conoce su partida de bautismo, que sería la formación decisiva; pero las consideraciones que haremos a continuación permiten aclarar el punto.

El matrimonio Arrizabalaga-Ventura residió habitualmente en Montevideo como lo prueba la lista de sus hijos bautizados en la Matriz y registrados en los libros parroquiales. Damos la nómina completa con la fecha correspondiente al nacimiento: Pedro (17 Set. 1867), Elvira (1 Set. 1870), Sara (19 Oct. 1872), Elbio Teodoro (19 Set. 1876), Elena (9 Oct. 1878) y María Pilar (26 May. 1880).

Falta Gerardo (23 Abr. 1869), que debería ubicarse entre Pedro y Elvira. Su nombre tampoco aparece en

las parroquias de San Francisco y del Cordón. Debe admitirse, por lo tanto, que no nació en Montevideo y que es exacto el dato de su nacimiento en Buenos Aires (aunque vaya uno a saber en qué parroquia bonaerense está su acta de bautismo).

Pero esto debió ocurrir forzosamente durante alguna estadía transitoria de sus padres. El hecho de que Elvira haya nacido aquí al año siguiente de Gerardo, demuestra que éste fue traído a Montevideo cuando apenas tenía unos meses de edad.

En suma: nació en Buenos Aires, pero aquí creció y se educó desde su primera infancia; aquí cumplió toda su actividad de médico, su actuación de profesor, su acción de ciudadano; aquí vivió hasta el final de su existencia; por lo cual debe ser considerado uruguayo, y así se consideraba él mismo.

Podemos contarle, en consecuencia, como a una de las personalidades relevantes de la medicina nacional.

Detalle genealógico: según es norma, en las actas de bautismo citadas están consignados los abuelos. Paternos: Francisco Arrizabalaga y Josefa Andonegui; maternos: Gregorio Ventura y Francisca Tellechea. Ascendencia vasca, pues, por los cuatro costados.

Luego de los estudios primarios y secundarios (que terminó en 1885) se trasladó a París para cursar la carrera de medicina, en la que se graduó el año 1894.

Tiempo antes se habían diplomado José M. Caraffí, Eugenio Piaggio y Enrique Figari. Simultáneamente con Arrizabalaga estudiaban Alfredo Navarro, Bernardo

Etchepare y José Martirén. Los dos primeros se doctoraron el mismo año que Arrizabalaga; por su parte Martirén finalizó su carrera en 1898. También se hallaban en París, becados por el gobierno uruguayo para perfeccionar sus conocimientos médicos, Francisco Soca, Enrique Pouey y Joaquín de Salterain, ya titulados en Montevideo. Circunscribimos esta nómina —como antes dijimos— a quienes intervinieron en la enseñanza de la medicina; hubo varios uruguayos más titulados de médicos en Francia, pero no estuvieron vinculados a nuestra Facultad.

La medicina francesa, durante el curso del siglo XIX, había tenido un extraordinario desarrollo. Por ese entonces, a fines de la centuria, eran ya sombras augustas de la historia Laënnec, Bichat, Dupuytren, Velpeau, Malgaigne, Bouillaud. Más próximos en el tiempo, se recordaba a Cruveilhier en anatomía; Longet y Bernard en ciencias fisiológicas; De Paul en obstetricia; Broca, Nélaton, Laugier, maestros de la cirugía; Trousseau, máxima eminencia en clínica médica.

Tuvieron dignos sucesores. Imposible recordarlos a todos, pero citaremos algunos de ellos.

Sappey, cuyo *Traité d'anatomie descriptive* es un clásico, cumplía los últimos años de su profesorado. Béclard —el contrincante de Claude Bernard para la cátedra de fisiología— continuaba en ésta, y su *Traité élémentaire de physiologie* nutrió a generaciones de estudiantes. German Sée había sustituido a Trousseau en el Hôtel-Dieu; y sería a su vez continuado por Dieulafoy, ya célebre por su *Manuel de pathologie interne*. Raymond, en La Salpêtrière, ocupaba el sitial de Charcot; cuyas obras completas se publicaron por esos años. Déjerine, sucesor de Peter en el Hospital Necker, iniciaba su labor de neurólogo; más adelante sucedería a Raymond. En La Charité, Jaccoud retenía el cetro de la clínica médica; sus *Leçons cliniques* fue obra de consulta durante muchos años. También en La Charité, Potain marcaba rumbos en cardiología. En el mismo hospital, Tillaux ocupaba la clínica quirúrgica, y su *Traité d'anatomie topographique* se editó largo tiempo. Ya estaba retirado Richet, autor igualmente de un renombrado *Traité pratique d'anatomie chirurgicale*. Hayem, con su libro *Le sang*, señalaba una disciplina que recién comenzaba a cultivarse. Lannelongue iniciaba la cirugía infantil, que enseñarían asimismo Kirmisson y Broca (Augusto). Nélaton (hijo) trabajaba en injertos quirúrgicos. Luchas Championnière preconizaba la antisepsia e innovaba en el tratamiento de las fracturas. Péan ampliaba con maestría la técnica operatoria. Y agréguese a esto la obra de Pasteur.

Habría que mencionar ahora los nombres de aquellos profesores que orientaron a Arrizabalaga en su formación quirúrgica. Pero él mismo los recuerda en las páginas iniciales de su tesis para el doctorado; nada mejor que traducir textualmente sus palabras.

“Tuvimos la dicha de contar como jefe al lamentado profesor Trélat; el año que pasamos en su servicio figurará entre los más fructíferos de nuestra carrera médica.

“El profesor Le Dentu, de quien hemos sido alumnos durante un año, nos hizo conocer no solamente los beneficios del método antiséptico sino también el arte arduo del diagnóstico, al mismo tiempo que nos enseñaba los preceptos de deontología quirúrgica, que no olvidaremos jamás. La agradecemos vivamente sus consejos ilustrados y el apoyo que no ha cesado de prestarnos. Al aceptar hoy la presidencia de nuestra tesis y al permitirnos extraer los elementos de este trabajo en su servicio,

nos ha hecho un honor que no podríamos agradecerle nunca bastante; y adquiere nuevos derechos a nuestra gratitud.

“M. Lancereaux ha sido siempre para nosotros un maestro venerado; guió nuestros primeros pasos en la medicina; por ello hemos conservado un precioso recuerdo de su enseñanza.

“No tenemos sino agradecimiento que dirigir a M. Brun, de quien fuimos interno; no sólo nos guió con sus consejos y su apoyo, sino que nos trató siempre con la mayor afabilidad; lamentamos vivamente que el tiempo pasado en su servicio haya sido tan breve.

“M. Walther ha sido para nosotros no solamente un amado maestro sino también un amigo; nos ha prodigado sus consejos y no ha cesado de mostrarnos hasta qué punto nos hacía el honor de interesarse por nosotros; así, ha adquirido derechos a nuestra gratitud.

“Que M. Nélaton quiera aceptar nuestro vivo reconocimiento por la benevolencia que siempre nos dispensó. Agradecemos también a nuestros otros maestros de los hospitales, de quienes hemos guardado muy buen recuerdo: M. Ségond, que nos demostró muchas veces el interés que nos concedía; M. Bourneville, de quien fuimos interno; el Profesor Pinard y M. M. Guinard, Achard y de Saint Germain.

“Agradecemos vivamente a nuestro antiguo interno, hoy nuestro amigo, M. Arrou, prosector en Clamart, por los consejos que nos dió en el curso de nuestros estudios, y la gentileza con que puso a nuestra disposición las piezas del Museo de Clamart.

“Nuestros amigos Zeimet, Griner, Sterlin y Lévy nos han obligado al traducirnos varios artículos extranjeros”.

Después de ser interno en los hospitales, se doctoró Arrizabalaga con una tesis titulada: “*Du traitement des rétro-déviations utérines par la fixation de l'utérus à la paroi vaginale antérieure-COLPOHYS-TEROPEXIE ANTIRIEURE*”.

En la Sección Historia de la Facultad de Medicina existe un ejemplar, cuya portada reproducimos en estas páginas.

Su título de médico por la Facultad de Medicina de París fue expedido con fecha 1^o de mayo de 1894.

La tesis está dedicada: “A la memoria de mi padre - A mi madre - A mis hermanos y hermanas - A mis amigos”. Ya transcribimos las referencias y sus profesores y a otros maestros que lo orientaron en sus estudios.

He aquí, ahora, el párrafo en que relata la elección del tema.

“Se ha procurado desde hace tiempo atacar el útero por vía vaginal y fijarlo a los labios de la incisión así hecha. Nuestro excelente maestro y amigo M. Pichevin, durante un viaje reciente por Alemania, tuvo ocasión de ver a los cirujanos de ese país operar corrientemente las retro-desviaciones por procedimientos nuevos. Pensó que por ser esta cuestión escasamente conocida en Francia, había interés en reunir los elementos dispersos y publicarlos después de haber controlado los trabajos de los diferentes autores. Nos aconsejó hacer de ese estudio el tema de nuestra tesis inaugural; seguimos su consejo y emprendimos, bajo su dirección, las investigaciones cuyo resultado publicamos ahora. Si este trabajo tiene, pues, algún valor, es a él a quien lo debemos; por lo cual no sabríamos agradecerse lo suficientemente”.

No entraremos en el análisis de la tesis, lo cual es ajeno al propósito exclusivamente biográfico de estas líneas; nos limitaremos a mencionar el plan de la obra, según lo explica su autor en la página 9.

"Nuestro trabajo se compone de tres partes:

"La primera es la descripción de la región del fondo de saco vaginal anterior, tal como lo hemos encontrado en el curso de nuestras disecciones.

"La segunda encierra la descripción de los diferentes procedimientos de vagino-fijación que han sido empleados contra las retro-desviaciones, y las razones que nos los han hecho abandonar.

En fin, la tercera comprende el resultado de nuestras investigaciones con la descripción de la técnica operatoria que creemos deber aconsejar, seguida de las indicaciones y contra-indicaciones de la operación, y de nuestras dos observaciones".

Agregaremos solamente que las *Conclusiones* se hallan resumidas en seis párrafos que ocupan las páginas finales (83 y 84).

En colaboración con M. Pichevin publicó sobre idéntico asunto, un trabajo titulado: "*De la colpo-hystéropxie antérieure dans le traitement des rétro-déviations utérines*" (*Gazette médicale de Paris*, 1895, Nos. 18 et 19).

Ya en Montevideo, se ocupó nuevamente del tema en una comunicación al Primer Congreso Científico Latinoamericano (1898), con el título: "De la histeropexia vaginal anterior en el tratamiento de las retrodesviaciones uterinas" (Publicaciones del Congreso, Tomo IV).

En ella recuerda sus trabajos anteriores y puntualiza la prioridad de éstos en la bibliografía francesa.

"Por consejo de mi maestro y amigo el doctor Pichevin, practiqué en el año 1893 una serie de experiencias en el cadáver, con el objeto de darme cuenta de las dificultades y los peligros operatorios de la histeropexia vaginal anterior y de ver en qué situación anatómica exacta quedaban los órganos después de la operación. Como resultado de esas investigaciones publiqué en el año 94 el primer trabajo que sobre esa cuestión apareció en Francia, cuestión que ha dado lugar después a numerosas disensiones".

Hace luego una puesta al día del tema, de acuerdo a la experiencia recogida desde entonces.

Había regresado a Montevideo el mismo año 1894 en que obtuvo su diploma de médico; y revalidó el título ante la Facultad de Medicina y la Junta de Higiene.

Fue designado en 1895 Profesor interino de Anatomía; en 1896 Profesor de Medicina Operatoria; en 1899 Profesor de Patología Externa; en 1909 Profesor de Clínica Quirúrgica.

Desempeñó al mismo tiempo, desde 1900 a 1917, el cargo de Cirujano del Hospital Vilardebó.

Continuó, entretanto, sus publicaciones científicas. Citaremos algunas.

"Cirugía del estómago. Indicaciones y contraindicaciones" (*La Facultad de Medicina*, 1896, N° 4).

"Indicaciones de la intervención quirúrgica en las apendicitis agudas" (Informe presentado al Tercer Congreso Médico Latinoamericano, 1907) (Publicaciones del Congreso, Tomo III) (*Revista Médica del Uruguay*, 1907).

"Las indicaciones de la intervención y procedimientos operatorios en el tratamiento de la úlcera de estómago" (*Revista Médica del Uruguay*, 1917). Esta publicación reproduce el texto de una conferencia dictada en una de las reuniones periódicas que realizaba la Sociedad de Medicina, de la cual Arrizabalaga había sido Presidente los dos años anteriores.

El problema del quiste hidático preocupó asimismo a Arrizabalaga; tanto más cuanto que oscila, como se sabe, entre dos polos: la profilaxia y la intervención quirúrgica, sin etapa médica.

La Sociedad de Medicina, en 1913, lo nombró para integrar, con el Prof. Pouey y los Dres. Domingo Prat y Prudencio de Pena, la Comisión de Profilaxis de la hidatidosis. Esta le encargó la preparación del informe que debía elevarse a la Sociedad de Medicina. El tema, con Arrizabalaga como miembro informante, fue discutido en sesión especial (*Revista Médica del Uruguay*, 1913).

Dos trabajos más dedicó Arrizabalaga al quiste hidático, ahora en su aspecto quirúrgico.

"Quistes hidáticos múltiples. Tratamiento de los quistes del hígado" (*Semana Médica Argentina*, 1929) (*Revista Médica del Uruguay*, 1929) (Conferencia dictada en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires).

"Tratamiento de los quistes hidáticos del hígado" (*Revista Médica del Uruguay*, 1923).

Además de estas publicaciones de carácter más bien general, dejó Arrizabalaga una veintena de comunicaciones diversas sobre problemas clínicos e intervenciones quirúrgicas en casos de significativo interés práctico o nosológico.

La lista completa de su producción científica puede verse en los Anales de la Facultad de Medicina (Mayo-Junio, 1930).

Ya hemos reseñado la cronología de su labor docente, iniciada en 1895 y que culminó al ser designado, en 1909, Profesor de Clínica Quirúrgica. Ocupó dicha cátedra hasta 1930, y fue sin duda éste el aspecto más descollante de su actuación. Su docencia clínica significó veintiún años dedicados con sapiencia y escrupulosidad a formar futuros médicos, a quienes orientó con su deber disciplinado, su versación práctica, su fina inteligencia.

En la *Memoria de la Facultad de Medicina*, editada por el Decano Manuel Quintela en 1915, cada profesor expone el desarrollo de la materia a su cargo. Transcribimos íntegramente, como documento, el informe de Arrizabalaga.

"La enseñanza en la Clínica Quirúrgica que dirijo, está organizada en la forma siguiente:

"1º) Una lección clínica semanal por el Profesor, versando sobre temas de orden general, relacionados casi siempre con enfermos que están en el servicio.

"2º) Una lección semanal práctica, por el Jefe de Clínica, sobre temas de pequeña cirugía, variables según el año de estudios a que pertenezcan los alumnos de la Clínica.

"3º) Una lección semanal por el Jefe de Laboratorio sobre Bacteriología y Anatomía Patológica, con presentación de piezas y estudios de preparaciones microscópicas.

"4º) Presentación por los alumnos al Profesor, de los enfermos entrantes, siendo interrogados con este motivo sobre cuestiones de Patología y Clínica, quedando obligados a seguir dichos enfermos durante su estadía en el Hospital y a dar cuenta de cualquier novedad de importancia que en ellos observen.

"5º) Operaciones que practica regularmente el Profesor, dos días por semana, haciéndose cargo de la anestesia, por turno, los alumnos de la Clínica.

"Esta enseñanza tiende a crear en los estudiantes el hábito del examen metódico y completo de los enfermos, utilizando también todos los medios con que el Laboratorio secunda a la Clínica; los habitúa, además, a

seguir de cerca la evolución de los procesos patológicos, colocándolos así en condiciones de adquirir una experiencia que les será sumamente útil el día en que, ya médicos, ejerzan libremente su profesión.

“Los elementos que para esta enseñanza poseo, son los siguientes:

“1º) Una sala para enfermos con 22 camas, y un local anexo, situado en el subsuelo del Hospital, con 16 camas, para hombres. No tengo ninguna cama para mujeres, lo que no deja de ser un perjuicio serio para la enseñanza.

“2º) Una sala de operaciones asépticas, construida hace poco tiempo y que reúne condiciones satisfactorias.

“3º) Una pequeña sala para operaciones sépticas y otra para curaciones.

“4º) Un laboratorio munido del material necesario para los trabajos de la Clínica.

“5º) Una salita para lecciones a los alumnos.

“6º) El instrumental quirúrgico necesario para operaciones y exámenes de enfermos. Bajo este punto de vista me es grato dejar constancia de la buena voluntad con que el señor Decano ha atendido los pedidos que le he dirigido de material necesario para la enseñanza en la Clínica a mi cargo.

Respecto al número de salas disponibles, corresponde aclarar que durante los siete primeros años su Clínica se redujo a la Sala San Luis (actual García Lagos), para hombres, además del subsuelo mencionado; después se agregó la Sala Padre Ramón, para mujeres.

Al informe transcripto hay que agregarle algo que falta en él y que es de suprema importancia: el Profesor, precisamente.

Aunque el autor de estas líneas, durante su adolescencia, conoció personalmente al Profesor Arrizabalaga (y lleva en el cuerpo dos cicatrices de su bisturí), no llegó a ser su discípulo. Por lo tanto, para describir al catedrático en acción, su estilo docente y sus condiciones didácticas, corresponde ceder la palabra a quien haya escuchado sus clases. Para ello citaremos parte del editorial, dedicado a su memoria, que se publicó en los Anales de la Facultad de Medicina (Mayo-Junio, 1930). Su autor A. R. (iniciales que no hemos logrado identificar) se expresa así:

“Fue allí, en la clínica en que con tanto amor se prodigara, donde escribió los más brillantes capítulos de su larga y fecunda labor de maestro. Dueño de una profunda erudición, jamás hacía alarde de ella; el extracto sustancioso de su vastísima experiencia marcaba las directrices de su pensamiento al discutir una doctrina, con la serena tranquilidad que brinda la rigurosa constatación de los hechos. Por eso sus lecciones sorprendían por su realce y claridad; por eso sus conclusiones llevaban el sello de lo irrefutable.

“Era una verdadera exposición de alta disciplina espiritual. Su lógica certeza, de robustez incomparable, arrasaba a su auditorio con firmeza definitiva. Y de aquel análisis profundo y concienzudo de los hechos constatados, surgía radiante el diagnóstico, cuyo velo de brumas y misterios que hasta entonces lo envolvía, nada había podido hacer frente a la majestad del maestro.

“Y más tarde, en el planteo de la terapéutica en que desfilaban cien criterios discordantes de otras tantas escuelas prestigiosas, el Profesor, cuya conciencia de médico y de humano se sobreponía al afán de lucimiento personal, ajustaba su conducta a su divisa, que era todo un

escudo de dignidad profesional: “obtener el máximo de beneficio con el mínimo de riesgo para el enfermo”.

“Su clínica, fue, antes que nada, un centro de honestidad científica; la moral profesional no perdió nunca su lugar de privilegio en su aula, que él enseñaba con su ejemplo. Jamás hizo del enfermo de hospital una casta diferente: enseñó a cuidarlo con amor, con respeto; inculcó el culto del enfermo pobre, del desamparado que sufre, con verdadera unción, con elevado humanismo.

“Jamás supo de egoísmos en su larga actuación docente; brindaba los frutos de su acrisolada experiencia con la misma satisfacción con que se prodigaba en el esfuerzo por luchar contra el dolor ajeno.

“Pero además de la cátedra, dedicó el doctor Arrizabalaga gran parte de sus energías, durante muchos años, a otras actividades afines a la enseñanza y la asistencia médicas . . . Su palabra era escuchada con significativa reverencia; sus opiniones, que sostenía y defendía con la pureza y sinceridad de sus convicciones, obligaban al respeto y la consideración. Y, en el caldeado ambiente del debate, surgía al fin de su palabra serena, reposada, criteriosa siempre, que allanaba dificultades, que aclaraba conceptos, que fijaba rumbos. Era el consejero de expresión fría, tranquila, que jamás perdía al contralor de sus palabras ni de sus actos, pero cuyos juicios certeros y definitivos llevaban el prestigio innegable de la erudición, del talento y del estudio”.

Tuvo como Jefe de Clínica, durante algunos años, a quien más tarde habría de sucederlo en la cátedra, el Prof. Horacio García Lagos. Otros nombres pueden citarse entre sus colaboradores: el Dr. Carlos Piquerez, Profesor Agregado de Cirugía, de larga y elogiada actividad hospitalaria y docente, cirujano titular en el Sanatorio Italiano; los Dres. Angel Colombo, Orlando Colombo y Eduardo Giuria, de distinguida actuación profesional.

Una referencia más corresponde agregar.

El Dr. Andrés Suárez —muy estimado otorrinolarínólogo, prematuramente fallecido hace años— que había sido su discípulo, recordaba que siempre, al iniciar el curso, la primera clase dictada por Arrizabalaga no versaba nunca sobre un caso clínico sino sobre principios de ética médica. Su enseñanza comenzaba invariablemente por inculcar los deberes del médico.

Insistía ante todo en que la enfermedad no plantea solamente problemas orgánicos sino también psíquicos. Tener en cuenta sin cesar el estado anímico del enfermo, alentarle continuamente, evitarle, además del dolor físico, el dolor espiritual, era para Arrizabalaga un concepto prioritario en la práctica profesional correctamente entendida.

La disertación se extendía, desde luego, a otros tópicos más; y había en ella, sin duda, un eco de aquellos principios de deontología médica que en su tesis de doctorado recuerda haber recibido de su maestro el Profesor Le Dentu, y que aseguraba no olvidar jamás.

No los olvidó, ciertamente. Su preocupación por humanizar la medicina, por completar la preparación técnica con una base ética ante la desventura y el sufrimiento ajenos, constituía, seguramente, la faceta más íntima y sería de Arrizabalaga como médico y profesor.

Arrizabalaga fue miembro del Consejo de la Facultad de Medicina desde 1921 a 1925 y reelegido por un nuevo período de 1925 a 1929. Durante esos años en la Fa-

cultad se promovieron iniciativas de importancia, cuya enumeración no es del caso hacer en esta biografía. Por citar algo, recordaremos como realización culminante la creación del Hospital de Clínicas (en el decanato de Quintela).

Con su madura experiencia y su criterio práctico al par que meticuloso, Arrizabalaga colaboró en esas iniciativas. El acierto de sus intervenciones queda acreditado por su reelección para dos períodos consecutivos.

Con la misma dedicación integró también el Consejo Directivo de la Asistencia Pública Nacional desde 1917 a 1925, cuando era Director el Dr. Martirén. Lapsó igualmente de renovación, del cual basta recordar aquí la inauguración, en Montevideo, de dos hospitales: el Pedro Visca y el Pasteur.

Ejerció la Presidencia de la Sociedad de Medicina por el bienio 1914-16. Durante el último año estuvo en Montevideo la delegación brasileña que había concurrido al Congreso Médico Argentino, formada por los Dres. Aloysio de Castro, Bruno Lobo y J. Thompson Motta. Luego de ser agasajos por la Facultad de Medicina, de la cual era entonces decano Ricaldoni, fueron recibidos conjuntamente por la Sociedad de Medicina y el Club Médico, en la sede de esta última institución. Por el Club Médico habló su Vice-Presidente, Dr. Mario Sime- to; por la Sociedad de Medicina pronunció Arrizabalaga un discurso del cual tenemos los párrafos que siguen:

“Tenéis motivos para sentirnos legítimamente orgullosos del país en que habéis nacido; todos los dones que la naturaleza puede prodigar han sido generosamente derramados en el suelo de vuestra patria; vuestra cultura e ilustración son universalmente reconocidas, y para completar tanta felicidad tenéis un pueblo con una noción tan exacta del derecho que habéis podido realizar espontáneamente en favor nuestro un acto de justicia internacional que ligará eternamente nuestros corazones de uruguayos con el dulce lazo de la más noble gratitud.

“Como médicos, hemos asistido admirados a la lucha titánica que habéis debido desarrollar para alejar de vuestras costas el temido flagelo de la fiebre amarilla, enemigo traidor, que acechaba al viajero y diezaba vuestra población. vuestras simpatías os acompañaron en esa ruda tarea, y hoy que habéis vencido, nos sentimos maravillados ante el esfuerzo inaudito de organización, de tenacidad que ese triunfo representa. ¿Cómo no hallarnos, en fin, impresionados por la labor de vuestras clínicas e institutos, labor que cada día se acrecienta y perfecciona, llevando a través de la América y aun a los centros científicos europeo, los nombres ya consagrados de Osvaldo Cruz, Chagas, Vital Brasil, Luz y tantos otros?

“Es que, señores, el placer íntimo que experimento rindiendo este merecido homenaje al pueblo brasileño, se encuentra aún aumentado por la convicción de que los destinos de nuestros dos países son comunes, que nos acechan los mismos peligros y nos iluminan las mismas esperanzas; que la ausencia completa de todo antagonismo, la semejanza de nuestras tradiciones, la analogía de nuestros sufrimientos pasados, justifican la simpatía que une nuestros dos pueblos y los hará marchar con las manos fraternalmente unidas en el camino del progreso y de la verdad.

“Y en esa tarea de acercamiento cada vez más íntimo, es a nosotros, médicos y hombres de ciencia, a quienes corresponde, tal vez, el rol principal. Podrá la actuación del político ser más vasta, de proyecciones más lejanas; la del literato o poeta, más sentimental, tejiendo

alrededor de los hechos, la red sutil del ensueño o el manto alado de la gloria; ninguna será tan humana como la nuestra, ninguna encauzará tan eficazmente como ella esas misteriosas corrientes que dirigen la marcha de las colectividades, porque se apoya en el sufrimiento y el dolor, que ensombrecen la vida de tantos seres humanos.

“Y el día que hayamos realizado ese ideal, podremos sentirnos orgullosos de pertenecer por nuestra sangre a esa vieja raza latina, alma mater de las grandes civilizaciones, nervio y músculo de las grandes revoluciones; que convulsionando el mundo ha hecho brotar de sus entrañas los principios fundamentales que dirigen las agrupaciones humanas; alentándonos la esperanza de que sea en nuestra juventud, en nuestra vitalidad, en la virginidad inagotable de nuestro suelo, en nuestro espíritu de verdadera democracia, que la raza de nuestros mayores venga después del triunfo, fatigada y sangrando, a buscar el renuevo de energías, de actividad necesarias para seguir, como hasta ahora, guiando la marcha siempre ascendente de la humanidad.

“Y en el campo de nuestras actividades científicas, ¿cómo no sentirnos estimulados por el recuerdo deslumbrante de tantos genios de nuestra raza, que han llevado la luz de sus centros a la solución de los más arduos problemas médicos; cómo no experimentar, al mismo tiempo que la responsabilidad gloriosa de esa tradición, el anhelo legítimo de mostrarnos dignos de nuestros predecesores!”

En la revista “Minerva” (Año I, Nº 1), órgano del Club Médico, se halla la crónica de la reunión y el texto de ambas piezas oratorias.

Al margen de su actividad en la medicina, y en otro orden de preocupaciones culturales, fue socio del Ateneo de Montevideo, con cuya orientación liberal coincidía, y formó parte de su Comisión Directiva en el año 1900; precisamente cuando, bajo la presidencia del Dr. Pablo de Marfa, se inauguró la nueva sede, todavía existente, sobre el costado norte de la Plaza Coghancha.

Publicamos un retrato de aquella Comisión, con los nombres de sus miembros.

Después de fallecido Arrizabalaga, la sección de su biblioteca formada por obras de historia, filosofía y literatura, fue donada al Ateneo.

Procede ahora internarnos en los vericuetos riesgosos de la psicología individual y tratar de caracterizar a la persona en sus rasgos más definidos y propios, en sus notas más diferenciadas. Lo cual es mucho pretender, pero resulta forzoso intentarlo.

Ya dijimos su claridad de pensamiento, su ecuanimidad de juicio, su palabra siempre criteriosa; cualidades reconocidas por todos cuantos lo trataron.

“Homme de très bon conseil”, lo definió el profesor Arrou, amigo suyo, a quien una parienta nuestra, de viaje por París, consultó con una carta de presentación escrita por Arrizabalaga.

Digamos ahora otras peculiaridades suyas; comunes y cotidianas pero igualmente singulares. Quizá lo retratan mejor aún, por ser modalidades de la existencia diaria, y por lo mismo más vivaces y amenas.

Tenía su domicilio y consultorio en la calle Paraguay 1526, entre Uruguay y Paysandú, sector urbano hoy inexistente por haber sido demolido al delimitarse la avenida Agraciada (actual Libertador Lavalleja). Allí residió hasta el fin de su vida, soltero, en compañía de su madre y dos hermanas.

Era cordial sin efusión; de carácter equilibrado, sereno y sin arrebatos; meticuloso y puntual; de probidad escrupulosa.

Fue hombre sociable, de conversación fina y culta, a veces paradójica. Integró el círculo del Ateneo y tenía una afición: el ajedrez, en el cual se declaraba devoto admirador de Capablanca.

Si la prudencia —según enseñaba el sabio Epicuro en su jardín antiense— es la primera de las virtudes, entonces Arrizabalaga debió de ser uno de los hombres más virtuosos; paradigma de prudente.

Prudente y friolento. Al recordar los años de estada en París, decía que su mayor preocupación había sido defenderse contra los rigores del gélido invierno parisien- se. En varias oportunidades —según relataba— antes que pasar frío prefirió rozar los umbrales del hambre para dar prioridad a la calefacción. La estufa constituía para él una instalación indispensable, de carácter casi sagrado; y siempre hubo provisión de leña en su cuarto de estudiante.

Cultivó amistades que se prolongaron de por vida, varias de ellas iniciadas en las aulas universitarias.

Todos los fines de años se reunía a cenar con su antiguo amigo Martirén, compañero de estudios en París. En esa oportunidad ambos se concedían a sí mismos una comida opípara, con libaciones selectas, a pleno gusto y sin restricciones, devorada con apetito juvenil.

“Aunque yo sé de antemano —comentaba Arrizabalaga en tono risueño— que al día siguiente estoy con el hígado a la miseria y tengo que hacer dieta”. Ciertamente es que de acuerdo a su prudencia habitual, se permitía esto sólo una vez por año.

Conservó siempre el aspecto atildado, con el inevitable tributo a los cambios de moda en el vestir; su silueta se mantuvo esbelta, aunque el busto, antes enhiesto, se hubiera encorvado algo con la edad, y el rostro —donde había desaparecido la barbita de sus años mozos— se inclinara ligeramente hacia adelante con expresión seria. El retrato que reproducimos al comienzo de esta biografía, correspondiente a la última etapa de su vida, lo representa bien, tal como ha quedado grabado en nuestro recuerdo.

De su mocedad como estudiante parisien- se, aplicado y metódico a un tiempo que sonriente y retozón, guardó siempre un nostálgico recuerdo (de sobra comprensible) que a veces alforaba en sus conversaciones.

Para la cultura francesa en que se había nutrido; para la Francia que él conoció en uno de los períodos más brillantes y gratos, tanto en lo intelectual como en lo mundano, tuvo una incommovible fidelidad de memoria sólo equiparable con la devoción que ofrendaba a su propio país.

Enfermo desde hacía un tiempo, falleció en circunstancias trágicas —sin que se haya podido aclarar con certidumbre si ocurrió por accidente o por acto voluntario— el 15 de abril de 1930.

Fue velado en la Facultad de Medicina. Lo despidió con una elocuencia pieza oratoria, el Decano Profesor Navarro. No quedó versión escrita, lamentablemente; pero recordamos bien con qué expresivas frases definió la personalidad de Arrizabalaga y con su significación en la historia de la Facultad, como profesor y como miembro del Consejo.

Especialmente ha quedado en nuestra memoria la evocación de su primer encuentro con Arrizabalaga. Estaba él próximo a rendir uno de sus exámenes y se paseaba nervioso, inquieto, agitado a la espera de su turno, cuando se le aproximó un joven alto, rubio, de ojos azules,

sereno y atildado, quien le habló con total tranquilidad sobre la prueba que iban a rendir. El interlocutor, desde luego, era Arrizabalaga, con quien compartió en París la carrera de medicina.

Anécdota simple, pero en la que se aprecia, desde el inicio, la manera de ser tan dispar entre ambos futuros profesores; lo que no afectó su recíproca estima.

En el cementerio habló en nombre de los discípulos el Dr. Armando Pochintesta. Entre otros conceptos de su emocionada alocución, recordó así al profesor desaparecido:

“Ha poco tiempo que he dejado de ser estudiante y discípulo suyo; el último año de profesor. Cuando el alumno veía abrirse ante sí los horizontes enigmáticos y promisorios de la vida profesional, el maestro iniciaba su descenso hacia el ragazo de la tierra madre, arrancado de la clínica donde constituía el núcleo fuerte que aunaba voluntades y engendraba entusiasmos, y donde su figura inolvidable era el acicate del trabajo por la sola virtud del ejemplo de su vida de sacrificios, de modestia y de rasgos heroicos que quedarán para siempre ocultos en la sombra de su humildad.

“Detrás de esa severa figura suya de razonador implacable y agudo, afirmado siempre en una lógica incommovible, había un gran corazón.

“No prodigó nunca sus sentimientos con vanos frases y literaturas ni con gestos teatrales, pero sabía decir la palabra consoladora al que sufría, y su mano noble y fuerte estaba siempre pronta para tenderse al que escalaba trabajosamente los ásperos senderos del mundo.

“No tenía secretos para sus discípulos. Toda su ciencia era para darla a los demás; no germinó nunca en su espíritu el egoísmo de conservar para sí las adquisiciones y conquistas que su experiencia y su indomable voluntad de trabajador habían logrado.

“Enseñó clínica; era un clínico sagaz y minucioso, y sabía hacer compartir sus métodos y sus razonamientos. Enseñó medicina operatoria, y su misma técnica de cirujano no era más que la fiel traducción de su espíritu, enemigo acérrimo del malabarismo inútil y de la falsa brillantez peligrosa; no confiaba nada a la casualidad ni a la buena suerte, y antepone a todo una sola cosa: la seguridad del enfermo”.

Representó a la Asistencia Pública el Profesor Eduardo Blanco Acevedo, de cuyo conceptuoso discurso reproducimos a continuación algunos fragmentos.

“Su vida fue una sostenida acción de probidad y de escrupulos. Su vasta erudición, su indiscutible talento, puestos en evidencia en una actuación prolongada en los Consejos Universitarios, en la Asistencia Pública y en la cátedra de la Facultad de Medicina, no los utilizó para una figuración decorativa o espectacular. Severas convicciones dirigieron siempre sus actos, que adquirieron de tal modo un ritmo de medida, de serenidad, alcanzando a veces al retraimiento, sin separarse jamás de una ejemplar modestia.

“A través de las inquietudes de un medio ardiente, agitado por pasiones que con frecuencia llevan al exceso o la injusticia; asistiendo a la evolución profunda de nuestro hogar universitario y científico, a la cual él prestó sin limitación sus luces y con ahínco sus desvelos, tuvo la férrea voluntad de quedar siempre igual a sí mismo, sin quebrar una sola línea de su irreprochable perfil moral.

“Profesor, enseñaba con veracidad; y si sus condiciones le permitían remontarse a las ideas generales, prefirió muchas veces quedar en el marco que sus arrai-

gadas opiniones docentes le marcaban, fiel a un método de exactitud, de precisión, que lo llevaba a desmenuzar los problemas, interpretándolos con clarividencia y entregando a los auditores el hecho depurado, capaz de servir para la conquista de la verdad tanto como la intuición genial que alcanza de un golpe las concepciones armoniosas.

"Su acción en la Asistencia Pública Nacional, meritoria y paciente, lleva el mismo sello de su personalidad bien definida, con su poder de análisis, su razonamiento sereno, su deseo de llegar siempre al fondo de las cosas, como movido por una secreta y desinteresada inquietud de perfección.

"Dio, pues, a la Facultad, a la Asistencia Pública, a la clase médica, al país, todo aquello que constituía sus caracteres inconfundibles: su inteligencia penetrante, su discernimiento atormentado por un posible error, su labor infatigable, su probidad sin fallas, sus escrúpulos, que eran como aristas cortantes de su contextura moral incambiable".

El texto completo de ambos discursos figura en los Anales de la Facultad de Medicina (mayo-junio 1930).

Ya hemos señalado varios de los cargos que desempeñó Arrizabalaga. Damos ahora la enumeración íntegra, tal como aparece en el número recién citado de los Anales.

Profesor interino de Anatomía (1895-96).

Profesor de Medicina Operatoria (1896-99).

Profesor de Patología Externa (1899-1909).

Cirujano del Hospital Vilardebó (1900-1917).

Profesor de Clínica Quirúrgica (desde 1909).

Vocal del Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior (1899-1907)

Miembro Honorario del Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior (1907).

Director Técnico Honorario de la Escuela Uruguaya de Enfermeros (1901-1909).

Miembro de la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública (1903-1910).

Presidente de la Sociedad de Medicina (1914-1916).

Presidente del Primer Congreso Médico Nacional (1916).

Miembro del Consejo Directivo de la Asistencia Pública Nacional (1917-1925).

Miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina (1921-1925, reelecto en 1925 a 1929).

Delegado del Consejo de la Facultad de Medicina al Consejo Universitario (1922 a 1925 y 1928 a 1929).

Miembro del Comité Nacional de Uruguay en el Segundo Congreso Médico Latino Americano (Buenos Aires, 1904).

Miembro del Comité Organizador en el Segundo Congreso Científico Latino Americano (Montevideo, 1901).

Delegado Oficial y Vice-Presidente del Segundo Congreso Latino Americano (Buenos Aires, 1904).

Miembro del Comité Organizador del Tercer Congreso Médico Latino Americano (Montevideo, 1907).

Delegado Oficial y Vice-Presidente del Congreso Internacional de Higiene y Medicina (Buenos Aires, 1910).

Miembro correspondiente del Instituto Médico de Sucre (Bolivia).

Presidente del Comité Uruguayo del Quinto Congreso Médico Paranaamericano (Guatelamal, 1908).

Presidente del Comité Uruguayo del Congreso Internacional de Medicina Profesional y Deontología Médica (París, 1900).

Finalizaremos estas páginas con una breve reflexión que es también una sugerencia.

La personalidad del Profesor Arrizabalaga no ha sido recordada como indiscutiblemente lo merece; a casi sesenta años de su muerte ha caído sobre él un olvido absolutamente injusto.

La Facultad de Medicina y las autoridades de Salud Pública han sabido honrar la memoria de quienes, en el aula o en la sala de hospital, prodigaron su saber, dieron ejemplo de ética impecable y transmitieron su enseñanza a generaciones de estudiantes.

Sea con una placa conmemorativa, sea con un busto, sea con el nombre de una sala, casi toda la primera promoción del profesorado médico nacional ha recibido el público homenaje que le corresponde.

En el Hospital Maciel, sin embargo, Arrizabalaga y Scremini han quedado al margen de esas consagraciones, no obstante haber sido eximidos y prestigiosos profesores.

Ya es hora de reparar esa omisión.